

## CAPÍTULO XV

## Tercera jornada

El cuidado de la propia conservación, les habría obligado, aunque el general en jefe no hubiese dado la orden de permanecer sobre las armas, á no abandonarlas ni un sólo momento. El toque de rebato resonó toda la noche en las iglesias de los barrios que aún permanecían en poder de los puestos avanzados de los franceses; pero por doquiera fueron rechazados con pérdidas considerables.

Cada uno recibió sus intracciones para el combate del día siguiente. Salvato fué al cuartel general á anunciar la toma del fuerte del Carmine; Championnet le ordenó que al amanecer avanzase á la bayoneta por la orilla del mar al frente de sus tropas y que intentara el asalto del Castillo Nuevo, costara lo que costara, á fin de volver sus cañones contra el populacho, mientras que Monnier y Mathieu Maurice mantendrían la posición con una ter-

cera parte de las fuézas, y mientras que Dufresse, Kellermann y el general en jefe, reunidos en la strada Foria, avanzarían hasta la de Toledo por el largo delle Pigne.

Á eso de las dos de la mañana, un hombre se presentó en el vivac de Championnet, situado en San Giovanni á Carbonara. El general reconoció al primer golpe de vista, bajo el traje de campesino de los Abruzzos, al ardiente patriota Héctor Caraffa, el cual había salido del castillo de San Telmo para decirle que hallándose el fuerte mal aprovisionado, y no quedándole municiones más que para quinientos ó seiscientos tiros, no quiso gastarlas inútilmente; pero que á la siguiente mañana, sus piezas abrirían el fuego cañoneando á los lazzaroni por retaguardia, mientras que el ejército los atacase de frente.

Cansado de su inacción, Héctor Caraffa venía, no sólo á dar el general esta noticia, sino también á tomar parte en la lucha que iba á empezar al amanecer.

Á eso de las siete, las trompetas y los tambores dieron de nuevo la señal de ataque. Salvato había ganado terreno durante la noche. Al oír el sonido de las trompetas y de las cajas, desembocó por detrás de la Aduana con mil y quinientos hombres

y se lanzó á paso gimnástico sobre el Castillo Nuevo. Una casualidad providencial favoreció entonces el asalto del joven y valiente brigadier.

Nicolino Caracciolo se paseaba por el muro de su fortaleza, impaciente por comenzar el ataque, recomendando á los artilleros que aprovecharan útilmente las pocas municiones que les quedaban.

Uno de ellos, más atrevido que los otros, llamó al improvisado gobernador.

Nicolino acudió á su llamamiento.

— ¿Qué quieres? le preguntó.

— ¿Veis aquella bandera que flota sobre el Castillo Nuevo? dijo el artillero.

— Sin duda que la veo, replicó el joven, y te confieso que su vista no me hace maldita la gracia.

— ¿Me permite mi comandante que la eche al suelo?

— ¿Cómo?

— De un balazo.

— ¿Serías capaz de semejante puntería?

— Así lo espero, mi comandante.

— ¿Cuántos tiros necesitas para ello?

— Tres.

— Corriente; pero te prevengo que si no la abates en tres tiros, te cuesta una encerrona de tres días de calabozo.

— ¿Y si la quito del medio?

— Te ganas diez ducados.

— Trato hecho.

El artillero graduó el cañón y aplicó la mecha; el proyectil barrenó la bandera, pasando entre el escudo y el asta.

— ¡ Buen disparo! exclamó Nicolino; pero hay que mejorarle, so pena de calabozo.

— Lo sé, respondió el artillero, y voy á tratar de acercarme al blanco.

La pieza fué puesta en puntería con mayor atención que la primera vez. El artillero examinó de qué parte soplaba el viento, calculó la desviación que pudo haber sufrido la bala y rectificó en un céntimo de línea el punto de mira. Hecho esto, volvió á aplicar la mecha al orificio: entonces, una detonación dominó el tumulto de la ciudad, y la bandera de Castel Nuovo cayó al suelo, cortada en su base.

Nicolino batió palmas. — aunque estaba lejos de sospechar la influencia que iba á tener aquel incidente — y dió al artillero los diez ducados prometidos.

En aquel momento, la columna á las órdenes de Salvato llegaba á la Inmacolatella. Palmieri, que según su costumbre marchaba el primero, vió caer

la bandera, y aunque reconoció que su caída era causada por un accidente, exclamó dirigiéndose á los soldados:

— Abaten la bandera; el fuerte se rinde. ¡ Adelante, amigos míos!

Por su parte, viendo los defensores de Castel Nuovo que la bandera realista había desaparecido, gritaron « ¡ traición! » creyendo que la habían arriado voluntariamente. De aquí resultó un espantoso tumulto que Salvato aprovechó para franquear á la carrera la strada del Piliero. Los zapadores atacaron la puerta del fuerte, un petardo la hizo saltar, y el joven brigadier se lanzó al interior del castillo á la cabeza de la columna, gritando con voz de trueno:

— ¡ Seguidme, soldados!

Diez minutos después, Salvato era dueño del fuerte cuyos cañones barrían el largo del Castello y la cuesta del Gigante, obligando á los lazzaroni á refugiarse en las calles que desembocan en aquella plaza.

Acto continuo, la bandera tricolor francesa empezó á ondear dondè pocos momentos antes flotaba el pabellón realista.

Un centinela apostado en la cumbre de Castel-Capuano transmitió á Championnet la noticia de la toma del fuerte.

Los tres castillos en cuyo triángulo se halla enclavada la ciudad, estaban en poder de los franceses.

El general en jefe acababa de reunirse con Dufresse en la calle de Foria, cuando recibió la noticia de la toma de Castel Nuovo. Entonces mandó á Villeneuve que fuese por la orilla del mar á felicitar á Salvato y á decirle que se le incorporase inmediatamente dejando en la fortaleza una guarnición á las órdenes de un oficial.

Villeneuve encontró al joven brigadier apoyado contra el muro, con la vista fija en Margellina. Desde allí distinguía la casa de la Palmera, aquella mágica habitación que desde hacía dos meses no veía sino en sueños. Todas las ventanas se hallaban cerradas; sin embargo, con el auxilio del antejo, le pareció que no lo estaba la puerta de la gradería.

La orden del general vino á arrancarle de aquella contemplación.

Salvato cedió el mando al mismo Villeneuve, montó á caballo y partió á galope hacia la calle de Foria.

En el momento en que Championnet y Dufresse, ya reunidos, rechazaban á los lazzaroni acorralándolos en la calle de Toledo; en el momento en que del largo delle Pigne y de todas las ventanas de los edificios inmediatos respondían al ataque de los

franceses nutridísimas y horribles descargas, una ligera columna de humo coronó las murallas del castillo de San Telmo, dejóse oír la detonación de varias piezas de grueso calibre, é inmediatamente se produjo entre los lazzaroni un gran tumulto.

Nicolino cumplía su palabra.

Los proyectiles de la fortaleza barrían las filas del populacho.

Al mismo tiempo, un sinnúmero de dragones bajaron por la strada della Stalla con la impetuosidad de un torrente que se precipita por un desfiladero, y se oyó un vivísimo fuego de fusilería detrás del museo Borbónico.

Era Kellermann que á su vez se reunía con los cuerpos de Championnet y Dufresse.

El largo delle Pigne quedó libre de enemigos en un instante y los tres generales pudieron operar su unión.

Los lazzaroni se batían en retirada por la strada de Santa María in Constantinopoli y la salita dei Studi. Pero fuerza les era pasar bajo los fuegos del castillo de San Telmo, para atravesar el Mercatello y el largo de San Spirito; no obstante la rapidez con que efectuaron la travesía, Nicolino tuvo tiempo de enviarles algunos mensajeros de muerte.

Mientras los lazzaroni se retiraban, trajeron á

Championnet á uno de sus jefes, que acababan de hacer prisionero después de una desesperada resistencia. Cubierto de polvo y de sangre, con el vestido desgarrado, el rostro amenazador y el acento irónico, era el verdadero tipo del napolitano llevado al último grado de exaltación.

Championnet se encogió de hombros y dijo volviéndole la espalda:

— ¡ Que fusilen á ese bergante para que sirva de escarmiento á los demás!

— Pues señor, ¡ decididamente Nanno se equivocó de medio á medio! exclamó el lazzaroni. Debía llegar á coronel y morir ahorcado, y no soy más que capitán y van á fusilarme. ¡ Bueno! Si hay algo que me consuele es que también se habrá engañado respecto á mi hermanita.

Championnet oyó estas palabras, y tal vez iba á preguntar al condenado lo que significaban, cuando distrajo su atención un jinete que llegaba á galope al lugar de la escena.

Aquel jinete era Salvato.

Dos soldados llevaron al lazzaroni junto á las paredes del museo Borbónico, y quisieron vendarle los ojos.

Entonces el lazzaroni se resistió enérgicamente.

— El general ha dicho que me fusilen, gritó;

pero no ha mandado que se me venden los ojos.

Al oír aquella voz, Salvato se estremeció y volvió la cabeza reconociendo á Miguel, quien por su parte reconoció también al joven oficial.

— ¡ *Sangre di Cristo!* exclamó el lazzaroni. Decídes, señor Salvato, que no necesito que me venden los ojos para que me fusilen.

Y rechazando á los que le rodeaban, se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra la pared.

— ¡ Miguel! exclamó Salvato. Mi general, ese hombre me ha salvado la vida, y os ruego que le perdonéis la suya.

Y sin esperar la respuesta de Championnet, seguro de que el general accedería á su demanda, saltó del caballo, atravesó el círculo de soldados que ya preparaban las armas para fusilar al lazzaroni, y abrazó á Miguel estrechándole contra su corazón.

Championnet comprendió en seguida todo el partido que podría sacar de aquel incidente. El castigo basado en la justicia, es sin duda un ejemplo saludable; pero en ocasiones, el perdón suele producir excelentes resultados.

Palmieri y Miguel acudieron á una seña del general. Un inmenso círculo se formó entonces alrededor de ellos: componíanle los franceses ven-

cedores, los napolitanos prisioneros y los patriotas que habían acudido de todas partes á felicitar á Championnet y á ponerse bajo su protección.

El general, que dominaba la muchedumbre desde la silla de su caballo, hizo señas de que iba á hablar y todos guardaron el más profundo silencio.

— ¡ Napolitanos! les dijo en lengua italiana, ya habéis visto que iba á fusilar á ese hombre, que acaba de ser cogido con las armas en la mano combatiendo contra nosotros; pero mi antiguo edecán, el brigadier Salvato, me dice que le debe la vida, y no solamente le perdono la suya, sino que deseo ofrecerle una recompensa por haber prestado tan gran servicio á un oficial de la República.

Y volviéndose á Miguel, que escuchaba embobado las palabras del general:

— ¿ Qué grado tenías entre tus compañeros? le preguntó.

— Era capitán, excelencia. Pero según parece, añadió el lazzaroni con la libertad de lenguaje propia de su clase, debo ir más arriba. Una hechicera me ha predicho que seré coronel y luego moriré ahogado.

— No puedo encargarme sino de la primera parte de la predicción. Por consiguiente, quedas

nombrado coronel al servicio de la república partenópea. Organiza tu regimiento acto continuo: tu paga y tu uniforme corren de mi cuenta.

Miguel pegó un brinco de alegría.

— ¡Viva el general Championnet! gritó; ¡vivan los franceses! ¡viva la república partenópea!

Ya hemos dicho que un número considerable de patriotas rodeaban al general. Los vivas de Miguel encontraron un eco mucho más extenso de lo que podía esperarse.

— Y ahora, añadió Championnet dirigiéndose á los napolitanos, voy á daros una prueba de que os han engañado al deciros que los franceses son ímpios, que no creen en Dios ni en la Madona, ni en los santos. Lejos de eso, los franceses veneran á Dios y á la Madona y tienen particular devoción á San Gennaro. Mi única preocupación en este momento es hacer que se respete la Iglesia y las reliquias del bienaventurado obispo de Nápoles, al cual quiero dar una guardia de honor, si Miguel se encarga de conducirla.

— ¡Yo me encargo! gritó el lazzaroni agitando su gorro de lana encarnada, ¡y no sólo me encargo, sino que respondo de ella!

— ¡Sobre todo, si le doy por jefe á tu amigo Salvato! le dijo Championnet en voz baja.

— ¡Oh! por él y por mi hermanita moriría mil veces, mi general.

— ¿Oyes, Salvato? dijo éste al joven brigadier; la misión que te confío es de la mayor importancia: se trata de enganchar á San Gennaro en las filas de la República.

— ¿Y me encargáis de que le ponga la escarapela tricolor? respondió Palmieri echándose á reír. No me creía tan fuerte en diplomacia; ¡pero no importa! haremos lo que se pueda.

Championnet pidió pluma y tintero.

Trajéronle inmediatamente recado de escribir, y trazó sobre el arzón de la silla la siguiente carta dirigida al cardenal arzobispo:

« Eminencia,

» He suspendido por un instante el furor de mis soldados y la venganza de los crímenes que se han cometido. Aprovechad esta tregua para mandar abrir las puertas de todas las iglesias, exponed el Santísimo Sacramento y predicad la paz, el orden y la obediencia á las leyes. Sólo con estas condiciones echaré un velo á lo pasado y me consagraré á que por doquiera se respeten la religión, las personas y las propiedades.

» Decid al pueblo que, sean cuales fueren aquellos

á quienes deba castigar, contendré el pillaje, y que la calma y la tranquilidad volverán á renacer en esta desventurada población. Pero al mismo tiempo os declaro que un solo tiro disparado desde una ventana bastará para que inmediatamente sea quemada la casa y fusilados los habitantes. Llenad, pues, los deberes de vuestro ministerio, y me lisonjeo de que vuestro celo religioso redundará en beneficio del bien público.

» Os envío una guardia de honor para la iglesia de San Gennaro.

» CHAMPIONNET.

» Nápoles, 4 pluvioso, año VII de la República  
(23 de Enero de 1799). »

Habiendo escuchado como todo el mundo la lectura de esta carta, Miguel echó una mirada á su alrededor buscando á su amigo Pagliucchella; pero no distinguiéndole entre la muchedumbre, eligió cuarenta lazzaroni de su confianza y se puso en camino á la cabeza de su hueste.

Detrás marchaba Salvato con una compañía de granaderos.

La futura guardia del patrón de Nápoles salió del largo delle Pigne y se dirigió al palacio arzobispal no muy distante de aquel sitio, por la strada del

Ortisello, el vico de San Giacomo dei Ruffi y la strada del Arcivescobado, esto es, por algunas de las calles más estrechas y más populosas de la ciudad antigua. Los franceses no habían penetrado aún en aquella parte de la población, donde todavía resonaban algunos tiros aislados: el rostro de las personas que encontraban al paso no revelaba sino tres impresiones: el terror, el odio y el asombro.

Por fortuna, el agradecido Miguel, á quien Salvato acababa de arrancar de las garras de la muerte, viéndose ya con su uniforme de coronel caracoleando sobre un hermoso caballo, se había unido á los franceses con todo el ardor de su carácter franco y leal y marchaba delante gritando á voz en cuello: « ¡ Vivan los franceses ! ; viva el general Championnet ! ; viva San Gennaro ! » Cuando los rostros de los espectadores continuaban ceñudos, Salvato pasaba á Miguel un puñado de carlinos, y éste los echaba al aire, explicaba á sus compatriotas la misión que Palmieri tenía encargo de cumplir, y raro era el semblante que no adquiría entonces una expresión más dulce y benévola.

Además, el joven brigadier — que hablaba el dialecto de Nápoles como un lazzaroni de Porto-Basso — dirigía de cuando en cuando á sus compatriotas sentidas alocuciones que no dejaban de

ejercer en ellos cierta influencia, sobre todo, si acto continuo las corroboraban los puñados de *carlini* del buen Miguel.

De esta manera llegaron al palacio arzobispal, bajo cuyo pórtico se establecieron los granaderos. Miguel pronunció entonces un largo discurso para explicar á todos sus compatriotas su presencia en aquel sitio, y le terminó diciendo que el oficial que mandaba le había salvado la vida en el momento en que iban á fusilarle, y que por consiguiente les pedía en nombre de la amistad que le profesaban que no hiciesen ninguna demostración hostil contra él ni contra sus granaderos, máxime hallándose convertidos en protectores de San Gennaro.

## CAPÍTULO XVI

### San Gennaro y Virgilio

Cuando los lazzaroni y la compañía de granaderos franceses que mandaban Miguel y Salvo desaparecieron tras de la esquina de la strada del Orticcello, se le ocurrió á Championnet una de esas ideas que pueden llamarse una inspiración. El caudillo de la República pensó que el mejor medio de disolver las filas de los que todavía se obstinaban en combatir, y de poner término al pillaje individual, era entregar el palacio del rey al saqueo.

Al efecto, se apresuró á comunicar la idea á algunos de los lazzaroni prisioneros, á los cuales dió libertad, á condición de que volvieran á incorporarse con sus amigos y propagaran la especie como si saliera de ellos.

De este modo se indemnizaban hasta cierto punto de las penalidades sufridas y de la sangre que habían derramado.



La idea obtuvo todo el éxito que se prometía el general en jefe. Viendo que las tres cuartas partes de la ciudad se hallaban en poder de los enemigos, los más encarnizados habían perdido la esperanza de vencer, y por consiguiente encontraron mucho más ventajoso dedicarse al pillaje que continuar una resistencia inútil.

No bien llegó á oídos de los lazzaroni aquella especie de autorización; no bien supieron que emanaba del general francés, cuando toda aquella muchedumbre corrió á la desbandada por la calle de Toledo y por la de los Tribunales en dirección al palacio real, seguida de una nube de mujeres y de muchachos, atropelló á los centinelas, rompió las puertas é invadió como un torrente los tres pisos del regio alcázar.

Todo fué saqueado en menos de tres horas, hasta los tiradillos de plomo que sujetaban los cristales de las ventanas.

El compadre Pagliucchella, á quien Miguel había buscado entre la multitud para notificarle su buena suerte, fué uno de los primeros que se precipitaron sobre el palacio, y uno de los que con mayor curiosidad y más provecho registraron sus habitaciones.

Por el contrario, nuestro amigo fray Pacífico,

viendo que no quedaba ninguna esperanza de triunfo, despreció la indemnización ofrecida á su bravura; y con un desinterés que hacía honor á las lecciones de disciplina que recibiera á bordo de la fragata de su almirante, se batió en retirada y á paso de león, esto es, haciendo cara al enemigo, tomó el camino de su convento por la Infrascata y la salita dei Capuccini; cuando la puerta se cerró tras él, llevó su burro á la cuadra, depositó en un rincón su famoso garrote, y fué á reunirse con los hermanos que cantaban en la iglesia el *Dies iræ, dies illa*.

Difícil hubiera sido entonces reconocer bajo su cogulla al jefe de lazzaroni que con tanto encarnizamiento acababa de combatir por espacio de tres días.

Nicolino Caracciolo había seguido desde las murallas de la fortaleza de San Telmo todas las fases de la lucha, y ya hemos visto de qué manera cumplió su palabra y secundó el ataque de los republicanos en el momento que le pareció más oportuno.

Su asombro no fué pequeño cuando observó que los lazzaroni abandonaban repentinamente sus posiciones, sin que nadie pensara en perseguirlos, y se lanzaban armados sobre el regio alcázar. ¿Era que

retrocedían hacia el palacio ? ¿ iban á hacerse fuertes en aquella nueva posición ?

No tardó mucho en salir de dudas. Al verlos atropellar á los centinelas, derribar las puertas, invadir las habitaciones y aparecer á las ventanas con el fruto de sus rapiñas, comprendió que los combatientes, para no perder el tiempo, aprovechaban un momento de tregua en saquear el palacio ; y como ignoraba que era el general francés el instigador del saqueo, disparó contra aquella canalla tres cañonazos, cuyos proyectiles mataron á diez y siete personas, entre ellas un sacerdote, y rompieron una pierna al gigante de mármol, antigua estatua de Júpiter Stator que decoraba la plaza del Palacio.

¿ Quieren conocer nuestros lectores hasta qué extremo dominaba á aquella muchedumbre el amor del pillaje ? Pues citaremos dos hechos, elegidos entre mil, los cuales bastarán para que puedan formarse una idea de la volubilidad de aquel pueblo que tantos prodigios de valor acababa de hacer en defensa de su rey.

Cuando más encarnizadamente se entregaba el populacho al saqueo del alcázar, el edecán Ville-neuve, que seguía en la fortaleza del Castel Nuovo, envió á un teniente á la cabeza de una patrulla de cincuenta hombres con orden de subir por la calle

de Toledo hasta llegar á las avanzadas francesas. El teniente tuvo especial cuidado de hacer que le precedieran algunos lazzaroni patriotas gritando : « ¡ Vivan los franceses ! ¡ viva la libertad ! » Al oír estos clamores, un marinero de Santa Lucía, *borbonista* acérrimo, respondió : « ¡ Viva el rey ! » Como este grito podía encontrar un eco peligroso y servir de señal para que degollaran á la patrulla, el teniente cogió al marinero por el cuello de la chaqueta y manteniéndole con el brazo extendido, exclamó : « ¡ Fuego ! »

El infeliz cayó fusilado á los pies del oficial, sin que la muchedumbre, preocupada entonces por otros intereses, tratara de defenderle ni de vengarle.

El segundo ejemplo fué el de un criado de palacio que tuvo la imprudencia de presentarse con una librea galoneada de oro, y á quien el pueblo, sin reparar que aquella librea era la del rey, dejó en camisa por arrancarle los galones.

En el mismo instante en que la rapacidad de los lazzaroni dejaba en cruz y en cuadro al servidor del monarca, Kellermann, que había descendido con un destacamento de dos ó trescientos hombres por el lado de Margellina, avanzaba por Santa Lucía hacia la plaza del Palacio.

Pero antes de llegar allí, se había detenido en la iglesia de Santa María di Porto-Salvo y había preguntado por D. Michelangelo Ciccone.

El lector recordará que este era el sacerdote patriota á quien Cirillo había mandado llamar para que administrase los sacramentos al esbirro que Salvato hirió en la noche del 22 al 23 de Septiembre, y el cual expiró aquella mañana en la casa que hacía esquina á la fuente del León.

Kellermann llevaba al digno sacerdote una esquila de Cirillo; el célebre doctor invocaba en ella su patriotismo, invitándole á unirse á los franceses y á ayudarles á restablecer la tranquilidad.

Don Michelangelo siguió á Kellermann sin vacilar un instante.

Á eso de las doce, los lazzaroni depusieron las armas y el vencedor Championnet montó á caballo para recorrer las calles de la ciudad. Entonces, los comerciantes, los propietarios, toda la gente pacífica que no había tomado parte en la lucha, no oyendo ya tiros ni gritos de muerte, empezaron á abrir poco á poco las ventanas de los edificios y las puertas de las tiendas. La presencia del general en jefe era ya una garantía de seguridad, máxime viéndole rodeado de hombres que por su talento,

su saber y su valor apreciaba todo Nápoles. Eran los Baffi, los Poerio, los Pagano, los Cuoco, los Logoteta, los Carlo-Lambert, los Bassol, los Fasulo, los Maliterno, los Rocca-Romana, los Caraffa, los Cirillo, los Manthonnet y los Schipani. Había llegado el día de la remuneración para todas aquellas víctimas del despotismo que por fin respiraban el aura de libertad. Á medida que Championnet veía abrirse una puerta, se aproximaba á los que tímidamente aparecían en el umbral y trataba de tranquilizarlos diciéndoles en su propio idioma que todo había concluído, que venía á traerles la paz y no la guerra, á sustituir la libertad á la tiranía. Los napolitanos echaban entonces una ojeada á la calle que el general acababa de recorrer, y viendo restablecida la calma donde momentos antes se degollaban franceses y lazzaroni, cobraban ánimo, y toda aquella población *di mezzo ceto* (clase media), que forma la fuerza y la riqueza de Nápoles, salía alegremente de los edificios adornada con la escarapela tricolor y empezaba á gritar agitando sus pañuelos: « ¡ Vivan los franceses! ¡ viva la libertad! ¡ viva la República. » Y, al mismo tiempo que se tranquilizaban, se dejaban llevar de este júbilo inmenso que se apodera de los que se han visto sumergidos en el tenebroso abismo de la

muerte y de pronto vuelven como por milagro á la luz y á la vida.

Y en efecto ¿qué habría sido de Nápoles si los franceses hubieran tardado veinticuatro horas más en entrar? ¿Cuántas casas habrían quedado en pie, cuántos patriotas vivos?

Á las dos y media de la tarde, Maliterno y Rocca-Romana, repuestos en su grado de jefes del pueblo, publicaron un edicto mandando que se abriesen todas las tiendas.

La fecha de este documento era del año 1.º segundo día de la república partenópea.

Championnet veía con inquietud que el pueblo, lejos de unírsele, como se le habían unido la nobleza y la clase media, continuaba receloso y en actitud hostil.

Entonces determinó ensayar un golpe decisivo. El quid estaba en hacer que San Gennaro pasase á las filas de la República: el caudillo francés confiaba en que el pueblo seguiría á su santo patrono por dondequiera que fuese.

Al efecto, envió un mensajero á Salvato. El joven brigadier custodiaba la catedral, el punto más importante de Nápoles, y había recibido la consigna de no abandonar su puesto sin una orden expresa del general.

El mensajero ordenó á Salvato que se avistase con los canónigos, invitándoles á que al día siguiente expusiesen la santa ampolla á la veneración pública, en la esperanza de que San Gennaro, del cual eran los franceses sumamente devotos, se dignase hacer su milagro.

Los pobres canónigos se encontraron entre la espada y la pared.

Si San Gennaro hacía el milagro en obsequio de los republicanos, provocaban las iras de la corte.

Si no le hacía, quedaban expuestos á la cólera del general francés.

Á fin de esquivar tan dura alternativa, respondieron que no era la época en que San Gennaro acostumbraba hacer su milagro, y que dudaban mucho que el ilustre y bienaventurado patrono consintiese en cambiar la fecha, ni aun en obsequio de los franceses.

Salvato transmitió al general, por conducto de su amigo Miguel, la respuesta de los canónigos.

Pero Championnet les replicó que no tenían que meterse en préjuzgar las buenas ó malas intenciones del santo, que éste y no ellos sabría lo que había de hacer, y, por último, que conocía una oración de grande eficacia, y que esperaba que San Gennaro no permanecería insensible si se le invocaba de veras.

Los canónigos repusieron que expondrían la santa ampolla, puesto que Championnet se empeñaba absolutamente; pero que no respondían de que se operase el milagro.

En cuanto Championnet supo el asentimiento de los canónigos, mandó anunciar por toda la ciudad que la santa ampolla sería expuesta en la mañana del día siguiente y que la licuefacción de la preciosa sangre tendría lugar á las diez y media en punto.

Semejante noticia causó grande extrañeza y no poco asombro á los napolitanos, los cuales no se atrevían á darle crédito. San Gennaro no podía ser objeto de una sospecha de parcialidad en favor de los franceses, ni había en su conducta la más mínima cosa que pudiera autorizarla. Al contrario, desde hacía algún tiempo, se había mostrado sumamente caprichoso y poco dispuesto á *milagrear*. Por ejemplo: al abrir la campaña de Roma, el rey Fernando fué á la catedral á pedir personalmente á San Gennaro ayuda y protección, y no obstante lo fervoroso de sus plegarias, el santo patrono le rehusó obstinadamente la licuefacción de su sangre, negativa que fué para muchos el presagio de una derrota.

Esto supuesto, si el bendito San Gennaro hacía por los franceses lo que no quiso hacer por el rey

de Nápoles, era evidente que cambiaba de opinión, que sentaba plaza en las filas de los jacobinos.

Viendo Championnet que la tranquilidad se hallaba restablecida, montó á caballo á eso de las cuatro de la tarde é hizo que le condujeran al sepulcro de Virgilio, otro patrono de Nápoles, al cual tenía mucha más devoción que á San Gennaro.

Sabido es que Virgilio murió en Brindis á su regreso de Atenas, de donde volvía con Augusto, y que sus cenizas fueron depositadas en aquel Paúsilipo que tanto había amado, desde cuyo punto se descubren todos los sitios que el poeta inmortalizó en el sexto canto de la *Eneida*.

Championnet se apeó del caballo frente al monumento erigido por Sannazar, y subió la escarpada cuesta que conduce á la pequeña rotonda que enseñan al viajero como el columbario en que fué depositada la urna del poeta. En el centro del monumento crecía un laurel silvestre al cual atribuía la tradición la cualidad de ser inmortal. Championnet cortó una rama, la colocó en la cinta de su sombrero y no permitió á cada uno de los que le acompañaban sino una sola hoja por temor de que destrozaran completamente el árbol de Apolo y de que degenerase en impiedad aquella muestra de veneración.

Después de haber meditado algunos instantes sobre aquellas piedras sagradas, pidió un lápiz, arrancó una hoja de su cartera y allí mismo redactó el siguiente decreto que acto continuo mandó á la imprenta á fin de que se publicase en la mañana próxima:

« CHAMPIONNET, *general en jefe,*

» Considerando que el primer deber de una república es honrar la memoria de los grandes hombres, á fin de excitar la emulación de los ciudadanos haciéndoles ver que la gloria acompaña hasta más allá del sepulcro á los genios sublimes de todos los países y de todas las épocas,

» Decretamos lo siguiente:

» 1°. Se elevará un monumento en mármol á la memoria de Virgilio, en el mismo sitio donde se halla su tumba, cerca de la gruta de Puzzolo.

» 2°. El ministro del interior (Gobernación) abrirá un concurso en el cual serán admitidos todos los proyectos que los artistas quieran presentar. Su duración será de veinte días.

» Expirado este plazo, dicho ministro nombrará una comisión compuesta de tres miembros, la cual elegirá entre los proyectos presentados el que reúna mejores condiciones, y la curia elevará el monu-

mento cuya erección será confiada al autor del proyecto elegido.

« El ministro del interior queda encargado de la ejecución del presente decreto.

» CHAMPIONNET. »

Es por demás curioso que los dos monumentos decretados á Virgilio, uno en Nápoles y otro en Mantua, lo hayan sido por dos generales franceses: el de Mantua, por Miollis; el de Nápoles, por Championnet.

Respecto á este último, han transcurrido sesenta y cinco años y aun no se ha colocado la primera piedra.